

59

Best Sellers
Planeta

LA FUGA DE LOGAN

William F. NOLAN
George C. JOHNSON



Desde las inmensas cavernas del monte Crazy Horse, un Pensador Electrónico rige los destinos de la humanidad; una humanidad diezmada por los errores de sus antepasados y numéricamente reducida a la estricta supervivencia de la raza.

Corre el siglo XXIII. Para lograr un difícil equilibrio entre los recursos disponibles y las bocas a alimentar, el dictador electrónico ha dispuesto la eliminación sistemática de los mayores de veintiún años. Pero el joven Logan, impulsado por su amor a la vida, decide revolverse contra esta sentencia cruel e inhumana. Acompañado de Jessica, la mujer a quien ama, Logan emprende la búsqueda del legendario Anciano que vive una existencia libre en un lugar ignorado del Mundo Antiguo...

**A LOS MUCHOS PERSONAJES PINTORESCOS QUE
NOS ACOMPAÑARON EN NUESTRA ADOLESCENCIA
y estuvieron presentes mientras escribía este libro:**

Al doctor Frankenstein y Mickey Mouse
A Jac, Dock y Reggie y el Templo de los Vampiros
A Fu Manchú, John Silver «el Largo», Tom Mix y
Buck Jones
A la Iliada y la Odisea, a Superman y a la Avispa
Verde
A Jack Armstrog, al Muchacho Americano Cien
por Cien y al Jorobado de Nuestra Señora de París
A Gunga Din, King Kong y el Mago de Oz
A Mr. Hyde y al Fantasma de la Opera
Al Lobo del Mar, al capitán Nemo y a la Gran Ba-
llena Blanca
Al Murciélago y a Robín de los Bosques, a la Tierra
Negra, Ted Sturgeon y las Orejas de Johnny el
Oso
A Rhett Butler y a Jiminy Cricket
A Matthew Arnold, Robert Frost y el Hombre De-
sintegrado
A nuestro Mundo Loco
A Dante, el doctor Lao y Dick Tracy
A Punch, al Mentiroso Inmortal y a las chicas vesti-
das de verano
A la Máscara de Hierro
A Marco Polo y a las Crónicas Marcianas
A Bogie y al Halcón de Malta
A Flash Gordón, al Príncipe Valiente, al Gato Loco
y a la Danza de los Muertos
A Thomas Wolfe
Al Unicornio en el Jardín

A Hammett, a Chandler y a quien juega al negro y
le sale el rojo
A Papa Hemingway, Mickey Spillane y Popeye el
Marinero
A Fantasías y Buenas Noches
A un Diamante tan grande como el Ritz, y a una
Boda de Sangre en Chicago
A la Bella y la Bestia
A los Temerarios del Aire, la Patrulla del Amanecer
y al Largo y Profundo Silencio
A Douglas Fairbanks, Errol Flynn y los Keystone
Kops
A Tarzan y al País Olvidado
A Tom Swift, Huckleberry Finn y Olivert Twist.
Al Ciudadano Kane, Simbad el Marino y a los ma-
tadores de caballos
A Alí Baba, los Hermanos Marx y a Dan McGrew el
Peligroso
A la Mata de Guisantes
Al Llanero Solitario, a la Huerfanita Annie y a los
Mercaderes del Espacio
Al Día en que la Tierra cesó de Girar
Al Salteador de Caminos
A Kazan, la Máquina del Tiempo y a No llores por
Mí
Al Capitán Media Noche y al Ciego
A Shackleton, Terry y los Piratas, Ricardo Corazón
de León y las Ratas en la Pared
Al Juego Peligroso
A Lil'Abner, S. J. Perelman y Smoky Stover
A los Siete Enanitos y al Mago Mandragora
A Billy el Niño, Gerónimo, Stephen Vicent Bénet y
a la Casa de Usher
Al Perro de los Baskerville y al Barco de Ishtar
A Robín Hood, Scarface y Tommy Udo

A Frederick Schiller, Faust que fue Max Brand y fue
Evan Evans, y fue George Challis, y fue...

A lo Asombroso, lo Desconcertante, lo Fantástico,
lo Sorprendente, las Galaxias, los Relatos Terroríficos,
las Historias de otros Planetas, la Máscara Negra
y al Magazine de Fantasía y Ciencia Ficción

A Rhysling, el Cantor Ciego de las Rutas del Espacio

Y CON MUCHO CARIÑO

A las Verdes Colinas de la Tierra

Los hechos que causaron la Guerra Menor tuvieron su inicio cierto inquieto verano a mediados de la década de 1960, en que hubo sentadas y manifestaciones de estudiantes, y la juventud tanteó sus fuerzas.

A principios de 1970 más del 75 por ciento de la población mundial tenía menos de veintiún años.

Los moradores de la tierra continuaron aumentando... y con ellos el elemento juvenil.

En 1980 se elevaba al 79,7 por ciento.

En la década de 1990 pasó al 82,4 por ciento.

Y en el año 2000 se llegó al momento crítico.

10

La muchacha tenía el pelo revuelto. Su cara estaba tumefacta y llena de arañazos, y una rodilla le sangraba por habérsela herido al tropezar con un saliente de acero.

Un agudo dolor le atenazaba el costado.

Pero aún así seguía corriendo.

En el cielo brillaba una luna romántica y la noche estaba poblada de sombras confusas.

¿Cuándo había vadeado el río? ¿Aquella misma noche o la anterior? ¿En qué lugar se hallaba? Imposible saberlo.

A su derecha, y más allá de una franja de asfalto vacía, pudo ver una valla de tela metálica cuyo final se perdía en la distancia. En un espacio más próximo se aglomeraban caballitos y tiovivos. Era la guardería infantil de una zona industrial. Tal vez Stoneham o Sunrise.

Posiblemente su hijo se encontraba allí.

Torció hacia la izquierda, apartándose de la valla para entrar en la negra profundidad abierta entre los edificios. De pronto vio bloqueado su camino por una empalizada. Retrocedió. Quizá fuera posible encontrar una salida por la parte del río.

¡Si pudiera descansar unos momentos!

Un sobresalto la paralizó. Alguien se movía en las sombras, frente a ella. Ahogó un grito de terror.

¡El Vigilante!

Su corazón latió acelerado, golpeándole el pecho con fuerza. Volvió a la empalizada y se agarró a las nudosas tablas, rompiéndose las uñas al clavarlas en ellas. Pero la barrera era demasiado alta.

Por unos momentos... ¿o acaso fueran siglos? se esforzó, tensando sus músculos para intentar izarse por las tablas; pero en vano. Estaba al cabo de sus fuerzas. De pronto, algo pareció romperse en su interior y cayó exánime al pie de la barrera.

Replegada sobre sí misma, miró la flor negra marcada en el centro de su mano derecha. Solamente unos días antes su color era rojo como la sangre, tan vivo como el azul eléctrico de siete años atrás, o el amarillo solar de los otros siete que le precedieron. Un color para cada siete años de su vida. Ahora, al cumplir los veintiuno, la flor era de un negro siniestro. Un negro de noche. Un negro de muerte.

La figura humana avanzaba hacia ella con pasos lentos, sobre el asfalto iluminado por la luna. La muchacha no levantó la mirada sino que siguió contemplando su mano, donde estaban escritos su pasado y su futuro, sus días y sus noches, sus temores y sus esperanzas.

¿Por qué había creído en la existencia del Santuario? ¿Por qué abrigó un propósito tan descabellado e inalcanzable? ¿Por qué no había imitado a los demás, resignándose al Sueño?

La oscura forma vestida de negro se encontraba ante ella; pero no quiso mirarla. Ni tampoco le imploró compasión porque hubiera sido de todo punto innecesario.

Prefirió imaginarse en una situación distinta, en un mundo asimismo distinto.

No se encontraba allí, ni era un ser perseguido y fuera de la ley, un ser presa de la vergüenza y el terror, sino que se encontraba en el Santuario... en una

amplísima pradera sobre la que soplaba una tenue brisa, junto a un fresco arroyo de aguas plateadas... un mundo en donde el tiempo no existía.

Pero ¿por qué su mano trataba de asir, bajo las desgarradas ropas, el puñal vibrador que ocultaba entre ellas? ¿Por qué aquel frenético deseo de hundir su hoja estremecida entre los huesos del pecho hasta alcanzar el corazón? ¿Por qué?

Vio el movimiento ascendente del Arma.

El instante final había llegado.

Vio los destellos que la luz de la luna arrancaba al cañón azulado.

Vio el rostro pálido y tenso del Vigilante, y sus pupilas por encima del Arma, y el blancor de sus dedos sobre el disparador.

Se oyó una sorda explosión.

Tal fue el último ruido que percibieron sus oídos.

Su última sensación fue la de un dolor atroz, conforme el proyectil la alcanzaba, desgarrando, quemando, deshaciendo su cuerpo.

Logan sentíase fatigado, pero el hombrecillo continuaba hablando sin parar.

—Ya sabes lo que ocurre, ciudadano —decía—. Nadie cree haberlo disfrutado todo: los viajes, las chicas... la vida, en fin. Y yo no soy diferente a los demás. Me gustaría vivir hasta los veinticinco, o los treinta... Pero no ocurrirá. Ahora bien, acepto mi destino. No me quejo ni hago reproches. Mi existencia ha sido de lo más agradable. Disfruté lo que debía y nadie podrá decir que Sawyer es un llorón.

Hablaba con calor. Porque así no tenía necesidad de pensar. Logan había conocido a otros muchos que se portaban de idéntico modo en el Último Día, tratando de pasar lo mejor posible las horas finales.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —preguntó mientras la flor roja impresa en su mano parpadeaba volviéndose negra y luego roja otra vez.

Pero no esperó la respuesta sino que continuó hablando con rapidez, contando a Logan sus proyectos.

En la Sede del Cuartel General de los Vigilantes Logan se había puesto un traje gris. Se preguntó si el hombrecillo le hablaría de aquel modo si le viera vestido de negro. Probablemente sí. Porque Sawyer era, sin duda, una de esas personas que vivían su existencia sin preocuparse del Sueño o de la amenaza del Arma. Lo que le parecía muy bien. Muy propio de un buen ciudadano, de los que contribuían a que el mundo siguiera un curso estable.

—... y me iré a la «Casa de Cristal» de Castlemont y haré que me traigan a las tres chicas más guapas que tengan. Una rubia... ya sabes, de ojos azules y pelo azul muy claro. Otra tendrá el pelo negro y corto, y la tercera, la piel dorada y suave. Tres bellezas. Tengo entendido que están dispuestas a cualquier cosa cuando llegas al Día Final.

El hombre se miró la palma de la mano. La flor continuaba cambiando de color, alternando entre el negro y el rojo.

—¿Te has preguntado alguna vez si el Pensador puede cometer errores, como uno de nosotros? Porque, la verdad, no me parece haber cumplido veintiún años. Creo que llegué a los catorce hace cinco o cosa así. Lo que significa que sólo tengo diecinueve. —Dijo estas últimas palabras sin convicción alguna—. Recuerdo bien el día en que cumplí los catorce y mi flor cambió de color. Estaba en el Japón, y era la primera vez que veía el Fujiyama. ¡Maravillosa montaña! Y muy sugerente. ¿La has visto tú?

Logan hizo una señal de asentimiento.

—Recuerdo muy bien aquel día. No debe hacer más de cinco años... o tal vez seis. ¿Crees a la Máquina capaz de equivocarse?

Logan no quería pensar en los años transcurridos, desde que cumplió catorce. Últimamente rehusaba semejante reflexión. Su flor seguía siendo de un rojo brillante; pero...

—No —repuso Sawyer contestando su propia pregunta—. La Máquina no puede equivocarse. —Permaneció en silencio largo rato y luego prosiguió—: Creo que tengo algo de miedo.

La flor de su mano seguía cambiando del rojo al negro y de éste al rojo.

—Son muchos los que lo tienen —comentó Logan.

—Pero no tanto como yo —dijo el hombre tragando saliva y levantando la mano—. Ahora bien; no te confundas, ciudadano. No soy cobarde ni pienso echar a correr. Tengo mi orgullo. La norma es perfecta; estoy seguro. La tierra no podría sustentar a tanta gente. Hay que obrar así para que la población no aumente en demasía... Siempre fui leal y no voy a cambiar en el último instante.

Los dos permanecieron sentados, en silencio, mientras la pista deslizante los llevaba a través del complejo de tres millas.

El hombrecillo habló de nuevo:

—¿Crees que ese proyectil es tan... tan terrible como dicen?

—Sí —repuso Logan—. Creo que sí.

—Lo que más me intriga es el modo en que le acierta a la víctima apenas disparado. Cómo se dirige al calor del cuerpo y abrasa en poco tiempo el sistema nervioso. Dicen que no deja un solo nervio sano.

Logan no contestó.

La cara del hombrecillo estaba gris. Un músculo le tembló en la mejilla. Tragó saliva y dijo:

—Bueno.

Respiró hondo y su cara recobró un poco de color.

—Desde luego, es necesario —continuó—. Porque si no existieran los Vigilantes ni los proyectiles, habría demasiada gente. Y ello resultaría un problema. El perseguido merece

su suerte. La verdad es que no tendríamos que huir. Las Casas para el Sueño no son tan malas, después de todo. Cuando tenía doce años yo y un amigo visitamos una en París. Era un lugar limpio y bonito. No estaba mal.

Logan pensó en las Casas para el Sueño y en sus interiores bellamente decorados; en los ayudantes con sus bonitos trajes de color claro; en los coros angélicos controlados electrónicamente; en los pulverizadores de líquido narcótico, que eliminaban la expresión de sufrimiento reemplazándola por una alegre sonrisa. Evocó el tranquilo y silencioso recinto de las tumbas con su luz difusa, y sus estanterías de aluminio sobre las que se alineaban las cajas de lámina de acero, cada una con el nombre y el número del cuerpo que contenía.

—No —admitió Logan—. No están tan mal.

Sawyer continuó expresando sus reflexiones en voz alta.

—Muchas veces pienso en esos Vigilantes. Yo nunca podría hacer lo que ellos hacen. Y no es que defiendan a los fugitivos. Porque, son una plaga. Una auténtica plaga. Sin embargo, ¿cómo es posible disparar un proyectil que...?

—Yo me quedo aquí —le interrumpió Logan.

Y salió de la pista deslizante.

Estaba irritado consigo mismo porque, en realidad, no vivía allí, sino que su unidad domiciliaria se encontraba una milla más lejos. Pero la constante charla de aquel hombre había acabado con su paciencia. Desde luego, conocía bien el sector, puesto que un año antes había perseguido por allí a un hombre; un fugitivo llamado Nathan. Pero prefería no pensar en ello.

Empezó a caminar lentamente por la arteria.

Frente a él se elevaba la Casa de las Joyas. Se detuvo para observar el enorme mural que daba nombre a la estructura: un fantástico mosaico de enorme elevación, compuesto por fragmentos de cristal flamígero que representa-

ban el Incendio de Washington. Llamas rojas, purpúreas y naranja se entremezclaban en la fachada, mostrando cuerpos ardiendo y edificios derrumbándose, envueltos en humo. Pero la terrorífica obra maestra estaba inacabada. En algunos lugares aparecían huecos oscuros que rompían la unidad del conjunto. El famoso muralista Roebler 7, único capaz de manejar el cristal corrosivo, se había llevado su secreto a la tumba el día en que aceptó el Sueño. Por tal causa, la obra nunca quedaría finalizada. Debajo mismo del mural había un hombre con un letrero al cuello. Logan se estremeció. El hombre tendría unos quince años. Sus facciones eran redondeadas y feminoideas y sus ojos enormes expresaban profunda tristeza. Una leve y plateada barba le cubría el mentón y el pelo le llegaba hasta los hombros. El letrero contenía esta sola palabra: ¡huye! Permanecía sentado, inmóvil en mitad del paso, rodeado por unos cuantos iracundos ciudadanos. Uno de ellos le escupió.

—¡Puerco!

—¡Asqueroso!

—¡Cobarde!

El hombre sonreía con paciencia, haciendo frente a sus hostigadores y entregándoles unas hojitas del montón que tenía en el regazo.

—¡Es indignante! —exclamó una mujer gorda, agitando la hojita—. ¡Va contra la ley!

Cuando Logan se acercó al grupo, el hombre le ofreció también una de las hojitas. La tomó, y pudo leer:

¡NO ACEPTÉIS EL SUEÑO! ¡HUID!
 CUANTOS MÁS FUGITIVOS HAYA
 MENOR SERÁ EL NÚMERO DE LOS PERSEGUIDO-
 RES.
 MENOR SERÁ EL NÚMERO DE LOS VIGILANTES.
 ESTÁ ESCRITO QUE LA VIDA DE UN HOMBRE ES
 DE

TRES VECES VEINTE AÑOS, MÁS DIEZ.
¡SETENTA AÑOS!
NO OS CONFORMÉIS CON VEINTIUNO.
¡HUID! ¡NO ACEPTÉIS EL SUEÑO!

Un vehículo de la policía descendió sin ruido hasta el borde de la calzada. Logan vio cómo dos agentes vestidos con uniforme color limón se apeaban y acercábanse al hombre. Éste no intentó escapar y ambos se lo llevaron sin más dificultades.

El vehículo reemprendió su marcha, perdiéndose en las tinieblas del cielo.

Una mujer próxima a Logan hizo chasquear la lengua.

—Es el tercer maníaco que detienen en lo que va de mes. Parecen formar parte de una organización. ¡Es terrible!

Una muchacha que lucía finísimas medias verdes dejó la puerta en que se apoyaba y se puso a andar junto a Logan. Pero éste no le hizo el menor caso. La oscuridad se había acentuado y en el cielo brillaban algunas estrellas. Se oyó el zumbido de un enfriador del aire.

Logan se detuvo para mirar una pantalla con imagen en tres dimensiones. Estaban dando las noticias.

La pantalla ocupaba la fachada del edificio «Noticiero T. D.». Una figura bien conocida, de cien metros de altura, adoptó forma corpórea al tiempo que sonreía cordialmente a la muchedumbre. El locutor vestía un traje de cuero tan ajustado que semejaba una segunda piel. Tenía unos ojos gigantescos, claros y de expresión ingenua.

—Buenas noches, ciudadanos —dijo—. Aquí Madison 24 con las últimas noticias. Ha habido algún disturbio. Dos pandillas se han peleado en la plataforma de un tren cerca de Stafford Hights, resultando dos muertos y catorce heridos, entre ellos tres gitanos. La policía ha iniciado sus pesquisas y se *efectuarán* algunas detenciones. —La inmensa figura guardó silencio unos segundos como para dar más

realce a sus palabras y en seguida continuó—: Harry 7, asesino de tres personas fue detenido a primeras horas de hoy en el complejo «Trankas». Se invitó a sus amigos para que lo vieran partir en el «Coche del Infierno». Pero no se presentó ninguno. ¡Ninguno! —La gigantesca faz adoptó un aire ceñudo—. ¿Qué os parece, ciudadanos? Por mi parte creo poder asegurar que somos un pueblo amante de la ley y el orden, y que nos avergonzamos de quienes pretenden huir y de los que asesinan al prójimo, aparte de...

Logan dejó de escucharle. Se había dado cuenta de que la muchacha estaba a su lado.

—No es usted feliz —dijo ella—. Nunca me equivoco. Tengo un sexto sentido que me advierte cuando alguien no se siente a gusto. —Los ojos le brillaron con intensidad—. Los hombres como usted me dan lástima.

Colocó su delicada mano en la cintura de Logan haciendo una leve presión. Pero él se apartó y empezó a caminar con pasos cada vez más rápidos.

—¡Puedo hacerle feliz! —le llamó la muchacha. Y su voz adoptó un tono más y más familiar al repetir—: ¡Hacerle feliz!

¡Feliz! Logan dio vueltas en su cerebro a la palabra. La inquietud lo corroía. «No es posible comprar la felicidad», se dijo. ¿O estaba equivocado?

El centro narcotizador de Roeburt era uno de los mayores de la ciudad. Las drogas administradas por profesionales sumamente diestros en su oficio, no causaban adicción. Logan había probado varias, decidiendo que el E. L. era la que le producía un mayor sosiego. Tratábase de Espuma Lisérgica, derivación de la vieja fórmula del LSD,... perfeccionada más de siglo y medio antes. Tan sólo necesitaba sesenta segundos para invadir el sistema sanguíneo. Y en seguida aumentaba la consciencia en alto grado, produciendo el más profundo deleite artificial.